

Sobre los nuevos lenguajes de la comunicación



A modo de diálogo interinstitucional, el presbítero Rolando Calle (S.J.), de nacionalidad ecuatoriana, comparte con los lectores un tema de especial interés en la actualidad: cuáles son y qué significan los cambios cualitativos que supone asumir con responsabilidad las inquietudes sobre el lenguaje, en el contexto de las actuales tecnologías de la información y la comunicación.

El presente texto fue presentado como ponencia en el *Encuentro sobre Nuevos Lenguajes de la Comunicación (DECOS CELAM)*, en Bogotá, Colombia, del 18 al 20 de julio de 2004. Por plantear un tema vigente y de interés institucional se publica en esta edición de la Revista Virtual.

El autor es director del proyecto *Ecuador Interactivo: por una nueva educación, nuevos lenguajes, nuevos usuarios*. Correo: rolando_calle@hotmail.com

Palabras y expresiones clave

Comunicación, cultura audiovisual, Iglesia, lenguaje, lenguaje poético, lenguaje conceptual, lenguaje demótico, descriptivo, nuevas tecnologías de la información y la comunicación, virtual.

La Iglesia se pregunta hoy por los nuevos lenguajes

En años anteriores se había preguntado por “los nuevos instrumentos” de comunicación. Los instrumentos son objetos que están fuera del sujeto que se pregunta. Los lenguajes son sistemas de creación y negociación de significado que presuponen relación activa entre sujetos, entre sujeto y mundo, entre sujeto y estructuras del lenguaje y entre éstas y la realidad. La diferencia es cualitativa y substancial. El cambio de interés supone un

paso adelante y denota una aceptación implícita de que la Iglesia se debe preguntar sobre su propio quehacer comunicativo, es decir, sobre la sustancia misma de su actuar en el mundo.

Por tanto, por el momento no nos vamos a preocupar por el uso instrumental que la Iglesia haga de las herramientas y tecnologías nuevas, sino de los cambios cualitativos que supone asumir con responsabilidad las inquietudes sobre el lenguaje.

Para ayudarnos en este recorrido exploratorio, vamos a echar mano de las ideas de Jerome Bruner sobre las modalidades del pensamiento; a Northrop Frye, quien habla de las tres eras del lenguaje; las reflexiones de Darley sobre la cultura audiovisual tradicional y la cultura audiovisual contemporánea; la propuesta de los tres entornos del español Javier Echeverría y las investigaciones de Hoover y Clark sobre religiosidad en la cultura contemporánea.

En la primera parte Bruner y Frye nos ayudarán a sentar una especie de base teórica para nuestra reflexión. En la segunda parte los otros pensadores a delinear el estado del escenario cultural actual en lo que se refiere a lenguajes nuevos y sus componentes.

Primera Parte: la iluminación teórica

¿Paradigmáticos o narrativos?

Los lenguajes están directamente relacionados con *la manera de pensar* de los seres humanos, pues son tanto expresiones de esas maneras de pensar como modeladores de esas estructuras de pensamiento.

En su libro *Realidad mental y mundos posibles* Bruner dice que “hay dos modalidades de funcionamiento cognitivo, dos modalidades de pensamiento, y cada una de ellas brinda modos característicos de ordenar la experiencia, de construir la realidad. Además, esas dos maneras de conocer tienen principios funcionales propios y sus propios criterios de corrección”. Bruner se refiere a la modalidad paradigmática o lógico-científica y a la modalidad narrativa.

La modalidad pragmática está regida por la lógica y pretende alcanzar *La Verdad* a través de argumentos, del uso del principio de causalidad. La modalidad narrativa maneja el relato y no pretende *La Verdad* sino *la verosimilitud*, quiere acercarse a la vida. No se obsesiona con la causalidad sino que se preocupa de las intenciones y de las acciones humanas.

Si tuviéramos que decidir cuál ha sido, de modo general, la manera de pensar de la Iglesia institucional en estos últimos siglos, ¿qué concluiríamos? No hay duda de que la Iglesia ha transitado los últimos siglos de su existencia por caminos más pragmáticos que narrativos. [Esta aseveración no implica ningún juicio de valor, sino que intenta funcionar simplemente como una constatación, que, por supuesto, está abierta a discusión] El peso del aparato lógico en la vida de la Iglesia se lo puede medir por la importancia que el dogma ha adquirido en la vida de la ésta. Sólo pensemos en algunas de las instituciones que se han creado para manejarlo: El Santo Oficio, el Catecismo, La Inquisición, el Índice, el trabajo mayoritario en los Concilios, las cátedras de los Seminarios que por siglos se han valido de la lógica, del concepto y han perseguido, sobre todas las cosas, *la verdad* como un bien no sólo alcanzable, sino, prácticamente, de propiedad exclusiva de la Iglesia institucional.

Todo esto no quiere decir que la Iglesia no haya usado el relato. Pero el énfasis, ciertamente, parece haber estado del lado del pensamiento lógico.

La Iglesia, prisionera del lenguaje conceptual

Pasemos adelante. Hemos visto los dos modelos de pensamiento presentados por Bruner. Volvamos nuestra atención ahora hacia los modelos del lenguaje mismo. Frye nos va a ayudar en esta tarea.

Para Vico la historia es un proceso continuo y en cierta forma cíclico, en el que las naciones atraviesan tres estadios: la era de los *dioses*, la de los *héroes* y la de los *hombres*. Cada era -según Frye- produce y utiliza su propio lenguaje.

El lenguaje correspondiente al primer estadio es el **poético**. En él las palabras son la realidad misma en forma de sonido. En esta primera época se da muy poco énfasis a una separación clara entre sujeto y objeto. Más bien se considera que, lo que ahora llamamos sujeto y objeto, participan de una energía común, están unidos por la misma fuerza. Parecería que no existe un sentido de abstracción. La cultura griega anterior a Sócrates sería la época que mejor ejemplifica este tipo de lenguaje.

Lenguaje conceptual. Platón da inicio a una nueva era del lenguaje. Para nosotros, esta manera de aprehender el mundo es mucho más familiar, pues nuestra escuela y nuestra religión están, todavía, basadas en sus principios y en su lenguaje. Frye llama a esta fase la del lenguaje *de la aristocracia*, pues los que manejan ese lenguaje son una élite de prestigio que, de hecho, maneja a la sociedad entera y lleva el peso de lo que se ha llamado cultura occidental.

En esta fase las palabras son, principalmente, manifestaciones exteriores de ideas y pensamientos interiores. La separación entre sujeto y objeto se vuelve casi obligatoria en todo proceso de ideas; de esta manera la palabra *reflexión* adquiere un protagonismo desconocido hasta entonces.

Las operaciones de la mente se distinguen de las emociones. Se posibilita la abstracción, se comienza a hablar de maneras de pensar válidas e inválidas, lo cual desemboca en la concepción de la lógica. Si la sensibilidad caracteriza a la primera fase, la representación caracteriza a la segunda.

El lenguaje metafórico, con su sentido de identidad de vida y energía entre el hombre y la naturaleza (esto es aquello) da paso a un lenguaje metonímico: *esto representa a aquello*. Las palabras representan ideas, son expresiones sensibles de realidades superiores, o hasta de un orden superior: Platón habla de un mundo trascendental más que objetivo.

Aristóteles continúa y perfecciona este camino en el sentido en que desarrolla un aparato lógico deductivo en donde las palabras ordenadas en cierta manera reflejaban la realidad inescapable de la lógica del ser mismo.

En esta segunda fase del lenguaje ya no hay lugar para los pequeños dioses ordinarios de la primera fase. La concepción de Dios, con mayúscula, es unificante y corresponde a la realidad trascendental, al ser perfecto cuya existencia no da lugar -lógicamente!- a otros dioses. En palabras de Frye:

La palabra “Dios” a pesar de la diversidad de referentes es, prácticamente, un requisito indispensable del pensamiento de la fase metonímica. No es posible usar las palabras analógicamente a no ser que exista un algo a qué relacionarlas.

La consolidación del cristianismo y de su teología basada en el monoteísmo debe mucho a este gran órgano aristotélico. De la perfección de Dios se deriva toda una serie de irrefutables premisas. El dogma cristiano de 20 siglos se ha desarrollado principalmente siguiendo la inflexible lógica de Aristóteles. La Edad Media quedó fascinada por el silogismo y con el deseo de deducir todo desde las verdades de la revelación. En palabras de Frye:

“Durante estos siglos el miedo a la herejía, o sea a la desviación en el plano lógico de las premisas cristianas fue, de hecho, quizá la más devastadora psicosis de la historia”.

Lenguaje demótico, descriptivo. La tercera era del lenguaje está centrada en el mundo objetivo natural que es el que da la pauta de lo que es la realidad. Lo percibimos a través de los sentidos; las palabras son instrumentos de reflexión. La palabra se valora porque corresponde al objeto-en-la-naturaleza, porque lo describe. Con un pensamiento así no es difícil concluir en la imposibilidad de la metafísica. Locke y Bacon podrían ser los primeros filósofos occidentales representantes de esta época del lenguaje.

Así entendida la realidad, el lenguaje es eminentemente descriptivo de lo que existe en la naturaleza, en el mundo. Una estructura mental es *verdadera* si corresponde al mundo objetivo. El criterio de verdad, pues, está ligado a una correspondencia externa, más que a una consistencia interna, lógica, de la argumentación.

La ciencia hoy está basada en la observación inductiva, observación que trata de distinguir lo ilusorio de lo que realmente está-allí. El problema de ilusión vs. realidad se convierte, pues, en esencial en esta tercera fase del lenguaje. Para Copérnico la salida del sol se convierte en ilusión. *Salida y puesta* de sol son metáforas útiles, pero al fin y al cabo, solo metáforas.

Este lenguaje de tercera fase, demótico, descriptivo es, sin duda, el que prima en nuestro mundo occidental. Hay, sin embargo, signos de que, de alguna manera, el ciclo se cierra y nos preparamos para una nueva fase metafórica: la materia, parámetro definitivo de lo que llamamos objetividad científica, no es más que trazos de procesos de energía.

Bruner y Frye aportan ideas coincidentes sobre el lenguaje centrado en el concepto, la lógica y el silogismo. Al aplicar las ideas de ambos a la acción de la Iglesia en este inicio de siglo, podemos encontrar pistas esclarecedoras. Para que esto se haga realidad necesitamos un escenario concreto e iluminado donde plantar esas ideas, y unos actores concretos que se muevan y vivan de acuerdo con sus propias características. Darley, Echeverría y Hoover nos pueden ayudar en el resto del camino.

Segunda Parte: escenarios y actores

A nuevos escenarios culturales, nuevos lenguajes... y viceversa. Javier Echeverría, al tratar de analizar los escenarios de cambio por los que atraviesa hoy la Educación, propone tres entornos por los que ha transcurrido la humanidad:

1. El entorno natural (básicamente tribal, rural, regido por intercambios sociales “naturales” y por saberes relacionados con los ciclos de la naturaleza y la tierra).

2. Un entorno urbano que se consolida con la revolución industrial al tiempo que se organizan las grandes ciudades (allí se necesitan otros saberes y habilidades, nace la escuela tal como la conocemos hoy, aunque la gente no escolarizada aprende en la calle; el Estado regula la Educación).

3. El Tercer Entorno, creado por las Nuevas Tecnologías de la Información y de la Telecomunicaciones (TIC): nuevo espacio social, con su estructura propia no presencial sino representacional, no proximal sino distal, no sincrónico sino multicrónico, y que no se basa en espacios físicos “sino que depende de redes electrónicas cuyos nodos de interacción pueden estar diseminados por diversos países”. Las tecnologías que más han influido en la constitución de estos escenarios son la TV y la radio, las redes telemáticas, los video juegos, las tecnologías multimedia y la realidad virtual.

Echeverría continúa su reflexión y concluye que la Escuela -la Educación- debe ser re-diseñada desde sus bases para adaptarse a estas nuevas realidades. ¿A dónde podría llevarnos una reflexión similar aplicada a la Iglesia? ¿Qué cambiar y qué no cambiar? La Escuela del siglo 21 está removiendo al currículo (y a sus contenidos, principalmente conceptuales) del lugar protagónico que ha tenido hasta hoy y enfatizando el aprendizaje de procesos, en red y desde la vivencia del estudiante. ¿Es posible y deseable pensar un camino análogo para la Iglesia?

Culturas visuales

Estamos viviendo en medio de una cultura audiovisual. Esto es un hecho incontrovertible. Examinemos algunas características de esta audiovisualidad y los desarrollos recientes por los que ha pasado.

Andrew Darley hace una comparación entre la *cultura visual tradicional* y la cultura visual contemporánea. En la primera existía una predominancia del relato (lineal, la experiencia “contada”: el sujeto como objeto), la representación (dicotomía realidad/“imago”, verdadero/falso, sustancia/accidente, forma; contenido/conteniente), el significado (las sombras en la pared de la caverna de Platón; el “senso”: otra realidad como referencia de validación) y la lectura (decodificar linealmente; la fuerza de las palabras).

La irrupción de la tecnología y los factores culturales (cambio de era del lenguaje) nos introducen en la *cultura visual contemporánea*, en la que prima el estilo (no el relato), el *performance* de la misma imagen (ya no como representación sino con validez dada por su propia presencia: lenguaje poético de Frye) y la sensación, la vivencia, como realidad válida

en sí misma, sin necesidad de un significado “trascendente”. Esta misma sensación reemplaza a la lectura y su descodificación: los procesos análogos, en este caso de la cultura visual contemporánea, son no lineales, directos, experienciales. El espectáculo se entroniza como la modalidad preferida y el *surface play* tiene validez por sí mismo, sin necesidad de acudir al contenido ni al sentido (*meaning*).

De nuevo podemos preguntarnos cómo estos nuevos escenarios y actores tan radicalmente distintos influyen en el quehacer eclesial.

Actores nuevos

Cuando hablamos de nuevos lenguajes no podemos dejar de hablar de los nuevos actores, los sujetos donde se encarna ese lenguaje, los usuarios de sus paradigmas. Las investigaciones de Hoover y Clark y las ideas de los otros autores ya mencionados contribuyen a delinear un lenguaje usado por el joven latinoamericano de las clases medias urbanas. Veamos sus características:

- Diferencia cada vez más tenue entre lo subjetivo y lo objetivo. Lo que está fuera de mí, si no es sentido por mí, no existe. Lo que es sentido, vivido por mí, es parte de mi mundo y de mi realidad. El papel de los medios masivos de comunicación (MMCC) en este juego realidad-subjetividad es crucial y múltiple: MMCC, extensión de los sentidos, con ellos “veo” el mundo, como con mis ojos.
- El sentir y experimentar -la vivencia- dictan el flujo de la vida, del mismo discurso y de los mismos procesos intelectivos y del conocimiento. La motivación como motor de los procesos de aprendizaje ha sido una realidad bien conocida por todos los educadores recientes, pero hoy, además, la motivación llega por la vivencia, la con-vivencia-ya sea de primera mano o ya sea virtual- y la sintonía generada a través de diferentes medios.
- La imagen: manera de experimentar el entorno (lo que no soy yo) incorporándolo a mi vivencia. La imagen, manera de “mapear” el yo (consciente y subconsciente), de expresar la vivencia, de comulgar con el otro. La imagen no pide ni requiere del rigor lógico del concepto ni se rige por sus normas. Y es que la imagen pertenece al lenguaje poético, no al conceptual. (Ver N. Frye, “The Great Code”)
- En tiempos del lenguaje poético, pronunciar la “palabra” era crear el mundo. Hoy pronunciar la imagen, crearla, es crear realidad. La existencia viene de la mano de la “pronunciación” de la imagen. Lo que no está en TV, no existe.

- Pero además la imagen precede y anuncia el acontecimiento. En los juegos computarizados de simulación de vuelo se derribaron muchas veces las torres gemelas antes del acontecimiento real. El FBI ha apelado a los guionistas de Hollywood como una manera de prever atentados terroristas. Las imágenes de la publicidad anuncian el futuro, un mundo ideal por el que los consumidores votan con su dinero y su compra; la propaganda política -y las encuestas manipuladas- anuncian al ganador. Los héroes y los dioses de la cultura actual existen en la imagen, que es lo que cuenta: la realidad es intrascendente.
- La obsolescencia de las imágenes (y de sus mundos) es un tema que hace parte de esta nueva situación en la que vivimos. Desde 1/16 de segundo de cada imagen de TV, hasta la renovación constante de la imagen del político, del cantante o del héroe deportivo. Más cuenta la imagen percibida que la realidad real. El escándalo de hoy supera al de ayer: ¿para qué preocuparse por él, si mañana habrá otro mayor? El mundo es un continuo parpadear de imágenes cinematográficas sin verdadero sustento real-real. La obsolescencia lleva a la inseguridad al momento de juzgar y procesar.
- Casi nulo sentido de abstracción. Más importancia al ejemplo, a la imagen, a la experiencia.
- En la juventud de hoy tienen un lugar especial los dioses y espíritus domésticos (héroes del deporte, espectáculo...) y sus espacios sagrados: TV, juegos de simulación (MUD), videojuegos... En definitiva son ejercicios de trascendencia individual y de comunión supra-geográfica con las comunidades a las que los jóvenes realmente se sienten pertenecer.
- Los Media parecen ser un recurso -conscientemente buscado- en tiempos de crisis, rompimientos y cambios. Y sirven para expresarse, pues las audiencias se identifican con sus textos. Estos textos y símbolos mediales son usados como un "Otro" simbólico, por parte de los jóvenes, para identificarse y definirse.
- El mundo de hoy es un mundo de imágenes, pero es el mundo real, una manera válida de vivir la realidad, no una evasión de la realidad. "El hombre se ha vuelto "sujeto" y el mundo he devenido "imagen". (...) Lo que esta fórmula enuncia es que el ente en su totalidad -no sólo lo que es sino lo que ya fue y lo que será en un futuro- es objetividad dispuesta y disponible exclusivamente para una subjetividad capaz de organizarla, fundamentarla y administrarla. (...) Toda objetividad es deducida, producida o representada como "imagen", (Lucas Fragasso, hablando de Derrida).

Conclusiones

- Debe alegrarnos que la Iglesia supere la pregunta meramente instrumental sobre los Medios y pase a preguntarse sobre los lenguajes: esto le obliga a preguntarse sobre sí misma, sus paradigmas, sus aciertos y falencias, y su verdadera esencia.
- Tenemos que transitar con gracia y responsabilidad el camino que nos lleve de una organización eclesial basada en el concepto, a una Iglesia basada en los procesos comunitarios, en la posibilidad de crear redes y de formar comunidades de intensa vivencia evangélica. Para lograr esto, es imprescindible una Comunicación que comprenda íntimamente los nuevos lenguajes.
- El papel de los comunicadores en la Iglesia es, pues, substancialmente, una **tarea de fidelidad**: rescatar el corazón del Evangelio y encarnarlo en las nuevas realidades culturales expresadas a través de los nuevos lenguajes
- Aceptar el reto de esta transformación es una tarea enorme que implica, para comenzar, la reformulación de la Teología, de la Espiritualidad y de la misma organización eclesial.
- No se pueden comprender los lenguajes solamente a través de un estudio conceptual de los mismos. Los nuevos lenguajes hay que experimentarlos para “comprenderlos”, porque de lo que realmente se trata es de “vivenciarlos”, lo cual no sucede sino a través de la propia experiencia.

Bibliografía

Andrew Darley, “Visual Digital Culture”, New York: Routledge, 2000

Hoover y Clark son investigadores norteamericanos contemporáneos que trabajan en el ámbito de la cultura, la comunicación y la religión. Ver más información en el sitio www.jmcommunications.com

Javier Echeverría, “Educación y tecnologías telemáticas” [On line] Disponible en: www.campus-oei.org/revista/rie_24_a_01.htm)

Jerome Bruner, “Realidad mental y mundos posibles”, Barcelona: Gedisa, 1996

Northrop Frye, “El Gran Código”, Barcelona: Gedisa, 1988.